

Un par de acontecimientos eliminaron el rutinario anonimato de San Andrés de Giles, pequeña población ubicada en la provincia de Buenos Aires, Argentina. Uno fue que, a fines de los años 40, ese ignoto lugar de la pampa resultó elegido por el cómico Luis Sandrini para filmar una película. Esta se llamó *El cañonero del Giles* y trataba de un centro delantero local que, impulsado por un tónico mágico, se convertía en un famoso destructor de redes y llegaba a los primeros planos del fútbol profesional argentino. Su historia era, claro está, una parodia de la vida del famoso goleador sudamericano Bernabé Ferreyra.

El otro episodio iría mucho más lejos. Es la novelesca trayectoria política de Héctor José Cámpora, dentista en San Andrés de Giles, presidente —en su época de estudiante— de la Federación Universitaria de Córdoba, cuna del movimiento reformista; hombre de confianza de Juan Domingo Perón y de su segunda esposa, Eva Duarte; detentador de diversos cargos en el movimiento justicialista y en la escala política argentina, desde diputado en los años 50 a presidente de la república en 1973; actor de espectacular fuga de una prisión de la Patagonia en 1956; delegado personal de Perón ante el gobierno de Lanusse de 1971 a 1973; organizador principal, junto con el dirigente obrero José Rucci, del regreso de su líder a Argentina en octubre de 1972; hombre renunciante a la Casa Rosada, embajador en México, asilado forzoso en la legación mexicana en Buenos Aires desde abril de 1976 a noviembre de 1979 y, por último, muerto aquí hace una decena de días, como secuela final de un cáncer en la laringe. Es evidente, en primer lugar, que una biografía de este hombre se ubicaría en un espacio diferente del arte o de la literatura: sería un testimonio apasionante de 50 años de política argentina. Propondría escenarios tan disímiles como la vida universitaria de los años 30, el nacimiento del peronismo entre 1943 y 1946, la razón y la fuerza de este movimiento en los años 50, sus caídas y supervivencias históricas, el flujo popular desde

Cámpora

El signo de la dignidad

Antonio Marimón

1969, el nuevo papel y lugar de la juventud y la violencia, el entorno de Perón, los años febriles de la década del 70, los días demenciales en la embajada mexicana, el peligro constante, la enfermedad, la introspección, el silencio y la muerte, sin olvidar nunca a aquel rutinario pueblo de la pampa, la primera base de su carrera, el lugar para el que se propuso candidato a intendente en 1964.

Esta apretada anécdota, al mismo tiempo, permite algunas reflexiones generales. Ante todo, como no lo dijo la autocensurada prensa argentina en sus notas necrológicas, Cámpora es la víctima de un verdadero asesinato político, apenas simulado cuando —ya sentenciado por el cáncer— el gobierno militar le permitió vivir sus últimos días en México. El otro aspecto distintivo —y en muchos casos criticado— es la larga fidelidad de Cámpora a Perón: ¿en qué consiste ese fenómeno? Por un lado, es la huella de la militancia en un movimiento policlasista, nacionalburgués, antimperialista y reformista, que ganó por más de 30 años el respaldo histórico del movimiento obrero. Por el otro, cobra el tinte particular de las reglas políticas del peronismo, donde todas las tendencias e individualidades actuaban como satélites y figuras delegadas de un centro: el propio líder. En el más alto rol de ese juego, Cámpora condujo la ofensiva por la cual Perón y la burguesía nacional argentina, al frente de un gran movimiento popular, se recontraban con el poder en 1973.

¿Fue Cámpora una alternativa autónoma a Perón? De

hecho, no lo fue ni jamás quiso actuar en ese sentido. En los entretelones de su abandono de la Casa Rosada, se encuentra la certeza de que Perón mismo necesitaba arbitrar desde el poder las contradicciones sociales y políticas que azotaban al país sudamericano y a su movimiento en ese periodo. Lo recordable, en cambio, del fugaz gobierno camporista es un momento indeleble para varias generaciones de argentinos: nunca como entonces las organizaciones populares se expresaron con igual intensidad y pluralidad, nunca quizás en toda la historia moderna del país se supo de semejante movilidad e intensidad democrática. Fue, pues, una auténtica "primavera camporista". Luego de ese estallido, la necesidad de Perón de administrar el proceso, las dificultades internas y externas, la agudización de las contradicciones sociales y, en un sitio prominente, el auge de los terrorismos, postergaron y ensombrecieron aquel horizonte. Con la muerte del líder, la opción global de esa burguesía populista entró en repliegue y ningún sector del movimiento popular tuvo fuerza, capacidad y posibilidades para retomar un proyecto. El golpe militar provino de esa situación, de los errores de Isabel Perón y, sin lugar a dudas, de múltiples corresponsabilidades en el seno del pueblo.

El silencio final de Cámpora en el exilio mexicano no tuvo por motivo, como señalaron algunas interpretaciones, una conciencia abrumada por la enfermedad o el encierro de su hijo. Además de esos factores que marcan sus últimas jornadas, el viejo dirigente fue fiel a sí mismo y a su trayectoria: no rompió la unidad histórica del movimiento peronista. Una vez más, no quiso ser una alternativa; menos aún desde el exterior del país, cuando en Argentina los planteos de oposición más claros, coherentes y radicales han sido producidos, en estos cuatro años, justamente por la dirigencia justicialista. El silencio último de Cámpora, pese a sus ribetes discutibles, es —en definitiva— también el de la dignidad. Este aspecto que Héctor José Cámpora supo contener como signo hasta en sus más controvertidas tareas políticas.

EXCELSIOR

Cayó el Producto per Cápita; se Acentuará la Crisis en 1981

Equivocado, el Modelo Económico Adoptado por Argentina: Pugliese

Por OSCAR J. SERRAT

BUENOS AIRES, 29 de diciembre. (AP)—Economistas de tres sectores políticos formularon pronósticos muy poco halagüeños para la economía argentina al acercarse a su conclusión el año.

Coincidieron en vaticinar una seria situación para 1981, y uno de ellos opinó que podría desencadenarse la peor crisis económica de este siglo, como resultado de los planes librecambistas y antinflacionarios del ministro José A. Martínez de Hoz.

Alfredo Gómez Morales, que fue ministro de Economía del Gobierno peronista; Juan Carlos Pugliese, dirigente de la Unión Cívica Radical (UCR) y ministro de Economía del

ex presidente Arturo Illia (1963-66); y Rogelio Frigerio, principal teórico del movimiento desarrollista del ex presidente Arturo Frondizi, emitieron sus comentarios para una encuesta periodística.

"El primer paso es tomar conciencia de que la crisis es grave, mucho más grave que la de 1976 y que cualquier otra del siglo", expresó Frigerio, quien recomendó al próximo presidente militar, general Roberto E. Viola, una rectificación sustancial de la actual política cuando asuma el gobierno el 29 de marzo.

Señaló, entre otros conceptos, la persistencia de una economía de especulación, el descenso de la tasa de crecimiento económico desde 1976, el incremento del gasto públi-

SIGUE EN LA PAGINA SEIS